
NORBERTO FUENTES

Guillermito vino del Instituto de Relaciones Internacionales, porque alguna trastada debe haber hecho o, sencillamente, porque no aspiraba a ser embajador ni cónsul, nada de eso. Él lo que quería era escribir. Entonces, insistió en ir a *Mella*. En esa época todo el mundo usaba uniforme, el mismo pantalón bombacho, de bolsillones, de las milicias, una copia del pantalón de los marines. La camisa de los institutos era de mangas largas, gris o azul mezclilla, parecida a la de los maestros voluntarios y los artilleros, con un monograma en el hombro izquierdo ajustado por un orificio a la charretera. Y botas de media caña. Así se apareció Guillermito en *Mella*. Ya yo me encontraba en la revista, entré con Guillermo Rodríguez Rivera el 19 de abril de 1961. Fuimos las dos adquisiciones ese año. Después llegó Félix Guerra, mandado desde la escuela Fulgencio Oroz de la Asociación de Jóvenes Rebeldes, donde era director. Y a principios de 1962, entra Guillermito junto a una camada nueva de muchachos, que incluía, entre otros, a Chaly Reyes, Juan Ayús y Guillermo Cabrera Álvarez, quien venía conmigo desde San Alejandro y en esa época quería escribir en un idioma puro: "La hermosa industria de los azúcares cubanos...". Yo me reía: "Guillermo, es que el español se ha desarrollado, si seguimos para atrás vas a escribir los reportajes en latín".

De esa gente, el mejor siempre fue Guillermito Rosales, y el mejor de todos en *Mella*. No creo que en mi

generación haya habido un escritor mejor que Guillermito, a pesar del gran problema que enfrentaba con la esquizofrenia. Oía voces, claro, también eso fue al final de su vida. Oía voces y se suicidó, dos síntomas inconfundibles de esa enfermedad. Pero antes de que llegara ahí, porque eso se desarrolla, Guillermito era un tipo... no voy a empezar a utilizar adjetivos, porque los adjetivos son muy vacíos siempre.

Mella radicaba en Desagüe 108-110, a dos casas de la Central de Trabajadores de Cuba, en la antigua sede del periódico *Hoy*. Era un edificio de tres pisos, y en el último, habían habilitado una casita para la administradora, Aleida Ordoñez. El director era Carlos Quintela, un hombre pintado para el cargo, un comunista. Después sería el primer comunista de nivel que salió de Cuba por el Mariel, y supongo que se arrepintió toda su vida. Carlos era un tipo formidable, muy paternal con nosotros, nos alentaba mucho a escribir, a innovar, a hacer. En ese ambiente nos cocinamos Guillermito y yo. Empezamos en ese caldo de cultivo que fue *Mella*.

En un mural a la entrada de la revista, una pizarra escolar, poníamos comentarios muy simpáticos, críticas, bromas. Probablemente fuese el mejor mural que se hacía en Cuba. Había solo dos oficinas con aire acondicionado, la de la jefa de redacción, Esther Ayala, y la del dibujante Virgilio Martínez. Las únicas grandes concesiones que se hacían en *Mella*. Yo aprovechaba cuando Esther se iba, para usar su máquina de escribir, que era la mejor por ser ella jefa de redacción. Las otras eran unas Remington del año de la corneta, donde de todas maneras hice mis mejores reportajes, por lo menos los dos primeros de la Lucha contra Bandidos.

El día que llega Guillermito, pensando que ya se habían marchado todos esos muchachos que habíamos conocido, agarro del baño un rollo de papel higiénico y me meto como a las siete de la noche en la oficina de Esther

Ayala. Iba a hacer algo para el mural. Una crítica a alguien que estaba hablando mierda o algo así. Pongo el rollo en el piso, y lo despliego hasta colocar la punta de la tira de papel en el rodillo de la máquina de escribir, y empiezo a teclear. En eso abren la puerta, y es Guillermito, que no se había ido y entraba a preguntarle algo a Esther. Le dio un ataque de risa al verme escribiendo en aquel papel chiquitico, empezó a abrazarme y decirme: "Tienes que ser mío. Tienes que ser mío". Ahí se inició nuestra amistad. Fuimos muy amigos, nos fajamos también terriblemente, teníamos unas broncas del carajo, y eso es inevitable en dos gentes con nuestras inquietudes. Siempre eran broncas de temperamento, muy apasionadas, como tenían que ser. Nos pasábamos seis meses sin hablarnos y después cocinábamos cualquier cosa.

"Oro pa' Patinegro" fue el primer cuento de alguien de *Mella* que apareció publicado en la revista cuando era mensual. Eso llegó a Quintela, y Quintela le compró un café con leche y le regaló diez pesos a Guillermito. No pasó nada más que la envidia de todo el mundo porque él había escrito un cuento que Carlos elogiaba mucho. Y nuestra vara de medir –literaria, periodística, moral, comunista–, era Carlos Quintela. Realmente un cuento muy bueno. Muy Guillermito. Fuera de *Mella*, en la literatura cubana nadie más se conmovió. Pero fue la primera producción literaria del grupo.

Yo había hecho antes "Kubinskie driusba", a partir de una entrevista con cinco muchachos de los primeros mil jóvenes campesinos que habían ido a estudiar agricultura a la Unión Soviética por seis, siete meses o un año. El título del reportaje utilizaba algo que ellos me enseñaron, cómo se decía en ruso "amigo cubano". En "Kubinskie driusba" se me ocurrió plantear que a las vacas había que bañarlas todos los días. Me parecía mal que anduvieran llenas de mierda por el monte, que apestaran. Y en un momento en que Quintela estaba sin camisa en su

despacho, le comunican que Carlos Rafael Rodríguez, presidente del Instituto Nacional de la Reforma Agraria, lo llamaba por teléfono. Quintela, emocionado, incluso se puso la camisa: "Diga, compañero Carlos Rafael". "Carlos, si nosotros bañamos a las vacas todos los días, ¿sabes en qué tiempo merma la producción de carne y de leche en este país? En un mes no tenemos una sola vaca. ¿Qué hacemos con ese periodista tuyo? ¿Lo fusilamos o qué?" Pero Guillermito, ni corto ni perezoso, escribe el reportaje "Formación de a 4", y propone que los tractores deben arar los campos en formación de a cuatro, como los aviones Migs. Otra moción de censura del Instituto Nacional de Reforma Agraria contra *Mella*. Carlos Quintela pidió un poco de restricción a nuestra imaginación. De ahí sale Guillermito y saca un reportaje sobre el supuesto Santiago de *El viejo y el mar*, que fue un viejo que él se encontró en Cojímar, y dijo: "Este mismo es Santiago". Con ese no pasó gran cosa. Pero la cumbre del reporterismo "Guillermito" es "Hondo", un trabajo sobre la Gran Caverna de Pío Domingo en Pinar del Río, que provocó una llamada de Antonio Núñez Jiménez, presidente de la Academia de Ciencias de Cuba, porque Guillermito había inventado los nombres de veintidós formaciones geológicas: estalagmitas de no sé qué, estalactitas de no sé cuánto.

Nos divertíamos mucho, además, hacíamos todo con emoción. La primera baja sensible de *Mella* es Silvio Rodríguez, que trabajaba conmigo la historieta "El Hueco", y fue expulsado por vago. Luego trajimos de Cárdenas a Juan Padrón, el de *Elpidio Valdés*. Guillermito se marcha creo que porque lo llamaron al servicio militar y luego se va con el padre a Checoslovaquia. No fue nada dramático, no hubo bronca con él en *Mella*.

Nuestra formación literaria fue leyendo todo lo que nos cayera en la mano. Les voy a dar un ejemplo. Ingresé dos veces en la Escuela de Periodismo, y las dos veces

la dejé para hacer periodismo. Yo estudiaba en el primer curso que abrió la carrera en la Universidad de La Habana después de la Revolución, con Tamara Bunke, Nicolás Pérez Delgado, Rosa Berre. A mitad de año, me fui primero de luna de miel y luego entré en las milicias cuando la Lucha contra Bandidos. Volví a ingresar en 1965, y estaba el gran-gran maestro de gramática Andrés Núñez Olano, con el prestigio de haber participado en la Protesta de los Trece y de ser el tipo que más periodismo sabía. Núñez Olano se paró la primera clase frente al grupo, y dijo: "Bueno, vamos a empezar por lo más elemental: la letra O... La letra O es una bolita gordita y redondita...", y comenzó a hacer trazos en la pizarra. Me dije: "Este viejo nos está vacilando a todos", y me fui para el carajo. Me sirvió de todas maneras para empatarme con mi segunda esposa: Haydée, *la Gallega*. Eso sí tenía la Escuela de Periodismo, daba mujeres.

Guillermito me contaba mucho la escena de *La condición humana* en la que a Katov lo van a quemar vivo en la caldera de una locomotora. Está en un gran patio, con los demás condenados a muerte, pero se siente tranquilo porque tiene su cianuro. A su lado están dos jóvenes prisioneros, uno de los cuales se lamenta: "Ser quemado vivo. Los ojos, también; los ojos...". Katov parte la pastilla y se las da, a ellos se les cae, no la encuentran, y Katov, que la vuelve a tener en su mano, la devuelve. Recuerdo cómo Guillermito enfatizaba: "¡Se la dio!", porque lo decía con signos de admiración. Los dos jóvenes mueren, y cuando vienen a buscarlo, Katov piensa: "Supongamos que he muerto en un incendio". Es una escena que Guillermito repetía mucho.

Desde esa época Guillermito tiene hecha la novela de "A la una mi mula", "A las dos mi reloj": *Sábado de Gloria, Domingo de Resurrección*, que compitió en el concurso Casa de las Américas de 1969 y resultó finalista. La estuvo arrastrando mucho tiempo, él no le daba seguimiento a su

obra ni se preocupaba por publicar. En ese libro aparece un personaje tomado del cómic *Spirit*, llamado Viosil Libios, "el hombre más vil del mundo", que ambos disfrutábamos enormemente. Cuando llego al exilio —ya Guillermito se ha suicidado—, lo primero que hago es conseguir una colección del *Spirit*, para tener a Viosil Libios. Y resulta que en el original el nombre no es Viosil Libios. Pensé: "¡Coño, qué pena que Guillermito esté muerto, que no pueda decirle que Viosil Libios no se llamaba así!" Claro, él lo pudo saber también, porque estaba fuera antes que yo.

Recibí una carta en el año 1979 de Guillermito desde España, diciéndome: "Aquí estoy muy triste porque nada más que hago comer bistec de solomillo". Nada, jodiendo conmigo. De ese grupo, el más fidelista era yo. Había tenido una discusión con Carlos Quintela días antes del Mariel, una gran fajasón, explicándole que había que luchar desde dentro, y que él estaba tomando un camino errado. Entonces, pasan las cosas que pasan en la vida, después yo me enredé, me compliqué, y cuando viaja de nuevo a Cuba Jorge Dávila Miguel, un amigo periodista del *Herald*, le pregunté si veía a Carlos Quintela y si lo podía localizar. Me respondió que sí. Entonces escribí una carta a Carlos, reconociendo que yo había perdido y que estaba hecho mierda, le daba la razón.

Yo vivía en Aldabó, en la calle Quintana número 12801 entre 9 y 10, teléfono 44-6358. Un día como a las siete u ocho de la noche, año 1992, suena el teléfono de mi casa: "¿Norberto?" "Sí". "Oye, Guillermo Rosales". "Coño, compadre, qué alegría". Me emocionó. "Willy, gracias." Yo lo llamaba a veces "Willie Van Der Roses". Nos pasábamos la vida inventando nombres, eso es parte de la imaginación. "Willie" era "Guillermo", por supuesto, y "Van Der Roses" se suponía que fuera en alemán, "Rosales". No sabíamos un carajo de alemán. Casi quince años que no hablábamos. "Carlos me dio tu carta, qué cosa más linda, cómo me ha gustado leerla". Me di cuenta por

su dicción que le faltaba la dentadura. Aquello me dio mala espina. Le pregunté: "¿Qué estás haciendo, Willy? Vamos a vernos... Te voy a escribir". En esos días se iba de Cuba un socio mío, Douglas Rudd, uno de los pilotos héroes de Playa Girón, y le hago una larga carta a Guillermito. Como a los dos o tres meses llamo a Douglas, porque le había encargado que me sacara un libro de Cuba y me lo publicara (nada de eso hizo, Douglas era un jodador y, bueno, no pudo tampoco) y entre otras cosas, le pregunto: "Ven acá, Douglas, ¿entregaste todas mis cartas?" "Sí, menos a un comemierda que no quiso recibirla". Y en el que menos pensé fue en Guillermito. "¿Quién?" "Uno... Guillermo." "¿Guillermo Rosales?!" "Sí, dice que tú eres un perro comunista". Le dije: "No te preocupes. Ese es, Guillermito. Él y yo somos buenos amigos, nos hemos fajado mil veces. Eso es una reacción, una cuerda que le han dado". A los dos o tres días muere Douglas, y a los quince o veinte días, me entero de que Guillermito se suicidó.

Pienso que si hubiese llegado a tiempo, conmigo en Miami, Guillermito no se hubiese suicidado. Probablemente nos hubiésemos fajado, pero no se hubiese suicidado. Nos conocíamos muy bien, teníamos las mismas añoranzas y deseos de hacer. Toda la tristeza de Guillermito, toda su desesperación, está en *Boarding Home*. La escena más emotiva de la novela es cuando el protagonista y la novia cantan el Himno de la Alfabetización, y ella le dice: "Nadie entiende esta historia." Guillermito era un escritor de la Revolución cubana, esa es la verdadera historia. Y todo lo que hizo, que valiera, tenía que ver con esa nostalgia. Hay una cultura que la gente tiende a rechazar porque no la vivió, que es la cultura de André Malraux —al que Guillermito y yo leíamos—, de Hemingway, de Jean-Paul Sartre, a la que se vinculan Nikolai Ostrovski, Alexander Bek. Una cultura muy sólida, una cultura política, histórica y literaria, de la cual Guillermito fue uno de

1941/46!

sus principales exponentes. La Revolución es una aventura irrepetible, ¡cómo tú no la vas a hacer! Cuando puedes tener la vida y la muerte en las manos, y jugártela de verdad en medio de un proceso revolucionario. Guillermito no pudo hacer otra cosa, y lo hizo. Claro, los conflictos con su padre, que sí era un burócrata, un viejo comunista, y el que nadie lo comprendiera, lo mellaron. Guillermito es un talento con todos los problemas inherentes a la mentalidad creadora.

El personaje del padre en *El juego de la viola* coincide con la visión de Guillermito respecto al suyo. Se pueden imaginar lo infeliz que era ese hombre ante lo que consideraba "el monstruo que había creado". Pero el padre no era más que un ciudadano normal. De pronto es muy difícil para una persona que quiere lo mejor para su familia, tener un hijo que sea un genio de la literatura como Guillermito. Eso no lo aguanta nadie. El raro ahí era Guillermito, no el padre. Y lo que Guillermito veía como una figura represiva era el viejo tratando de no hundirse con el hijo. Creo injusto castigar ahora al viejo Rosales. También la bronca generacional que significó la Revolución en nosotros fue tremenda. No rompemos con el pasado, porque no tenemos pasado, llegamos a la Revolución con quince años. Con quien rompemos es con nuestros padres. Hay otro factor, que es el de clase. Ni Guillermito ni yo somos obreros ni proletarios ni pobres, pertenecíamos a la pequeña o mediana burguesía, y el conflicto fue mucho más hondo y visceral.

Para alguien de veintipico de años como ustedes, a los que llevo más de cuarenta, es muy difícil entender todo lo que significó para nosotros con quince, dieciséis años, tomar el poder. Porque tomamos el poder de ese país, hicimos su literatura. Guillermito es alguien que se va a convertir o está a punto de convertirse en lo que él menos pensó: un mito literario. Es el resultado de esos años de agonías y, a su vez, de alegrías. Un proceso

poderosísimo que no se va a repetir nunca más en la historia de la humanidad, vivirlo fue extraordinario. Nosotros fuimos la última generación en Cuba que decidimos, los demás cogieron lo que había. Nos enfrentamos después a un mundo que se ha debatido siempre entre la ética, para decirlo de alguna manera, y la aceptación de la derrota. La aceptación de la derrota, como lo describe Laclos en *Las amistades peligrosas*, es un sentimiento muy femenino. "El placer de la derrota", lo llama.

Surgimos en un proceso auténticamente revolucionario, desafiante, que de una forma u otra nos cobró la vida, pero al cual nos entregamos con todo nuestro talento, con toda nuestra pasión. Ese Guillermito medio contestatario no existe, Guillermito era un bolchevique. ¿Sabían cuál era su idea para acabar con la burguesía? Coger una isla en el Pacífico para meterlos a todos, desterrar allí a los que se resistieran a los cambios. Guillermito soñaba con el mundo de *La joven guardia*, *Así se templó el acero*, *Los hombres de Panfilov*. Soñábamos con entrarle a cañonazos a todo. Éramos locos. Bolcheviques-bolcheviques. Después cayó en las contradicciones que caímos todos, pero ese pasado estaba presente, estuvo presente siempre. Fue una arrancada demasiado poderosa. Lo dice en *Boarding Home*: "Nadie entiende esta historia". Nadie nos puede entender.

Para rendirle homenaje afirmé que fue uno de los tipos que más me ha enseñado. En realidad, yo le enseñé más a él. No se pongan bravos por la autoindulgencia. Creo que traté de enseñarle una perseverancia, y algo que siempre he tratado de cumplir, pero que no es una frase mía, se le atribuye a Hemingway: "No basta con el talento, también hay que tener cojones". Los cojones a Guillermito solo le alcanzaron para meterse un tiro en la cabeza, con lo que quiero decir que los cojones verdaderos estaban en haber seguido trabajando y hacer una obra. Pero Guillermito sí me enseñó de alguna manera a intentar la literatura con

el desenfado que él lo hacía. Eso me cuesta mucho trabajo. Yo cada página la sufro. Guillermito no. A Guillermito le salía todo con mucha facilidad. Teníamos conversaciones muy interesantes, sobre el poder, sobre Fidel, sobre la Revolución.

Cuando hablo de la “esmirriada pandilla” a la que se incorporó Reinaldo Arenas, es una metáfora. “Esmirriada” porque éramos Guillermito y yo solos. Por eso también digo: “Eso pasa cuando dos se convierten en tres”. Reinaldo es una impostación a nuestra amistad. Guillermito me contó una vez que Reinaldo había querido acostarse con él, llegaron casi a la proximidad... Bueno, tengo que repetirlo cómo él me lo dijo: “Ya Reinaldo con el culo al aire”, y hubo un momento en el que Guillermito no pudo. Tampoco creo que el sexo fuera para él un gran problema, no vivía esa obstinación, no era nada mujeriego como yo.

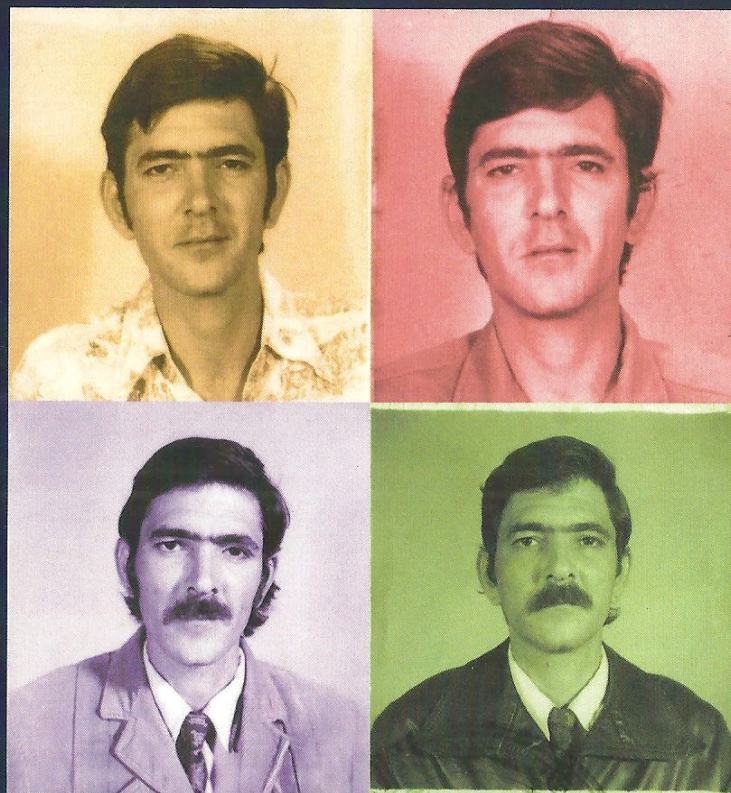
Con un poco de éxito literario, con un poquito de impulso, Guillermito hubiese podido hacer muchas cosas. Él era muy solitario, y llegó a Miami y cayó en el peor de los mundos, se le alimentó su neurosis y terminó matándose. Cuando él pasa al exilio, le sucedió lo que a todo el mundo: se quiso hacer gusano por oficio. Una persona con una sensibilidad como la suya no puede resistir eso. Perdónen que les hable así, les hablo con sinceridad, no tengo nada que perder. Miami es la mejor escuela que pueda tener un cubano, es la muerte de la cultura, la muerte de la pasión, la muerte de todo. Y además, es el pasado, como quiera que sea. Guillermito cayó junto a Carlos Victoria, a Reinaldo Arenas, gente que no tenía nada que ver con él ni con su literatura. Guillermito vivía para su literatura. Quemó una novela que era una obra maestra, de la cual no ha aparecido ninguna copia, sobre la Guerra de Independencia, de trescientas, cuatrocientas páginas, sencillamente magistral. *El juego de la viola* y *Boarding Home* eran la punta del iceberg de lo que venía después. *El juego de la viola* me la sé casi de memoria desde los

años sesenta. *Boarding Home* fue para mí una revelación. La utilizo de exordio de dos libros míos publicados en Internet, *Los hijos del enemigo* y *El último disidente*. Una novela nostálgica, soberbiamente bien escrita, y en el caso de un cubano, una pieza rara. Novela perfecta. Muy hemingwayana. Y además —esto que les voy a decir se me acaba de ocurrir en este momento—, pero es así: *Boarding Home* es de alguna manera el triunfo del realismo socialista en Miami. Realmente no conozco una pérdida mayor en la historia de la literatura cubana que la de Guillermo Rosales. Estamos hablando de un muerto, un muerto del que cada cual va teniendo una especulación, y casi lo único que nos dejó son dos libros. Quemó lo demás. Increíble.

Julio 28, 2009

Elizabeth Mirabal y Carlos Velazco

HABLAR DE GUILLERMO ROSALES



Editorial SILUETA